

Bevione

DESCUBRIR

NUESTROS TALENTOS,
ASUMIR NUESTRO DESTINO

¡Activa tu gps!



temas

SOBRE NUESTRO PODER PERSONAL

La humanidad ha dado saltos en su evolución, unos más rápidos que otros, pero todos nos han ido acercando a nuestra autenticidad, a honrar nuestra esencia, y nos acercaron a nuestro propósito de vida. Digamos que cada vez más nuestra vida es aprovechada momento a momento, con cada circunstancia que vivimos, demorando menos en descubrir quién realmente somos, en tomar acción y en elegir lo que nos haga sentir vivos. Vivos en el sentido más profundo de la palabra.

Estamos ahora transitando una de las etapas más significativas del mundo, al menos de los últimos miles de años. Los seres humanos, después de haber insistido en tomar decisiones usando solo la razón, comenzamos a despertar la inteligencia liga-

da al corazón y a nuestra alma. Estamos desafiando más los «me conviene» para dejar lugar a los «siento que es esto» o «siento que es por allí». Quizás, nos hemos dado cuenta de que cuando usamos solamente la razón, muchas veces los resultados no han sido los esperados. nos estamos permitiendo, finalmente, bajar de la cabeza al corazón, ese tránsito del que tanto hemos escrito y leído, que ha inspirado a poetas y filósofos, pero que seguía siendo un pendiente en nuestros hábitos cotidianos. No para abandonar nuestro razonamiento, sino para integrar una pieza clave: la sabiduría interior.

A esto lo llamo «inteligencia espiritual», basada en nuestros valores y en lo que no atenta contra nuestra verdad más profunda, la que sabe reconocer lo que nos aportará para nuestra evolución o la evolución de nuestra comunidad. Como cuando nos sentimos un engranaje de un sistema mayor, del que somos una pieza clave e importante, pero no la única.

Si vamos más allá de nuestros cinco sentidos, se abren nuevas posibilidades. En estos días, la madurez ya no se reduce a la idea del buen uso del paso del tiempo, medida por la prudencia (que muchas veces tiene atisbos de miedo), sino que se trata de una madurez interna donde podemos reflexionar más profundamente sobre lo que nos sucede, sobre las situaciones en las que estamos involucrados y sobre nuestras relaciones. Darnos un tiempo para el verdadero discernimiento de nuestras metas, para que estén más acordes a nuestro destino personal que a las presiones determinadas por el entorno, nuestra edad o las circunstancias de un cierto momento de nuestra vida.

Es cada día más común encontrarse con gente que sale adelante y brilla por sus talentos, más allá del lugar del mundo donde viva, sus posibilidades económicas y los patrones estéticos establecidos. El éxito, como realización personal, está abierto a las

personas que en sus decisiones, consciente o inconscientemente, incluyeron la sabiduría de su alma, que es la única capaz de trascender los conceptos tan extremos de lo bueno y lo malo, de las aparentes carencias y los límites que creamos tener, para encontrar un camino posible con nuestros propios recursos, la mayoría de ellos internos. Hemos dejado de depender tanto del entorno dándole valor a lo interno, que cada día define más nuestra realidad y nuestro destino.

¡Cuánto bienestar creamos si confiamos en la sabiduría del alma! Personas más realizadas y un sentido de comunidad donde apoyarse y compartir, en lugar de competir y buscar beneficios individuales, además de relaciones donde la comprensión y la aceptación son una forma de vida. Hacia ese mundo vamos y, mientras vemos cómo el viejo mundo se va cayendo a pedazos -y quizás por eso hace tanto ruido-, nos queda por decidir a qué mundo que-

remos pertenecer. Es mi intención ser parte de lo nuevo y sé que si estás interesado en este texto, estás entre nosotros.

Cuando podemos ver la vida desde el corazón vamos encontrando nuestro espacio y la competencia ya no nos mueve, sino el deseo de ofrecer lo que tenemos para dar, con la certeza de que eso que somos es suficiente para valernos, sin hacer sombras ni estar bajo la sombra de otros. Vamos encontrando nuestro propio brillo.

Una de las características del viejo mundo, el de los cinco sentidos, es que creemos que lo único real es lo que se percibe como tal. Nos pasa como al apóstol Tomás, que necesitaba ver para creer.

Nos sucede como cuando vemos una película con solo dos sentidos activados, la vista y el oído; luego de unos minutos terminamos inmersos en el argu-

mento, sufrimos o nos enamoramos, nos hacemos parte de la historia y hasta puede que se torne una referencia para nuestra vida «real».

El uso de nuestros cinco sentidos ha ido validando lo que vemos, olemos, tocamos, saboreamos y escuchamos, y eso ha hecho que la mayoría de nuestras referencias culturales, los aprendizajes y nuestras decisiones estén sostenidas en sus verdades.

¿Cómo no dar certeza a todo lo que percibimos con los cinco sentidos activados? Cuando veo una puerta cerrada, la puedo tocar, escucho que otros hablan de ella... y lo confirmo sin cuestionarlo. No tengo dudas de que allí hay una puerta. **¿Pero es todo lo que hay? ¿De verdad está cerrada?**

Me ocurrió en una fila para retirar dinero de un cajero bancario. Había una larga cola y cinco cajeros automáticos, pero cuatro de ellos estaban desocupados. Según me dijo la persona que me antecedió,

solo uno estaba funcionando. Y el comentario entre quienes estaban en la fila era justamente sobre el mal servicio de esta sucursal bancaria que siempre tenía problemas con sus cajeros externos. La discusión tenía sentido y terminé envuelto en ella. Todos los que esperábamos por ese único cajero disponible confirmábamos lo que estaba sucediendo, según lo percibíamos. Mientras tanto, vi que llegó una persona que en su distracción, por estar inmerso en una llamada telefónica, no vio la fila. Caminó directo a uno de los cuatro cajeros vacíos, retiró su dinero y siguió. Los demás cajeros sí estaban funcionando, pero nadie se animó a dar el paso y se quedó con lo que escuchaba, con lo que le habían dicho, con lo que todos queríamos confirmar. Permitirnos ir más allá de nuestras lógicas humanas y comenzar a andar otros caminos guiados por los recursos del alma es, en un principio, incómodo. Puede serlo para nosotros, y seguro lo es para nuestro

entorno. Y es inevitable que sea así. Cuestionar lo que el mundo considera obvio, evidente y comprobable, puede transformarse, para los demás, en un acto de locura. Pero es un paso que nos llevará, sin dudas, a nuestra grandeza. La mayoría de las personas que admiramos tienen una biografía inusual. Muchos vienen de una infancia que los podría haber convertido fácilmente en víctimas del mundo sin haber contado con apoyo cuando lo necesitaron, ya sea de la confianza de su familia o de los recursos materiales que hubieran requerido para salir adelante. Pero allí están, en un lugar de poder inspirando a otros. Ese trayecto desde descubrir sus sueños a vivirlos, estuvo guiado por una fuerza interna que desafió cualquier miedo, incluso aquellos que con alguna razón hubieran tenido. Porque no se quedaron con sus razones y buscaron más profundo, donde resonaba una verdad más poderosa: en su corazón.

No importa en qué etapa de nuestra vida nos encontremos, no sentiremos que nuestras alas están realmente desplegadas hasta que no estemos haciendo uso de todo nuestro potencial. Siempre estuvo disponible, pero no lo habíamos notado. O, al notarlo, lo postergamos porque el peso que le pusimos al entorno era más fuerte; lo podíamos sentir como verdadero solo en la intimidad con nosotros mismos. Pero en nuestra evolución, ha llegado el momento de incorporarlo.

Hacerlo, implica dejar de funcionar a la fuerza, empujando para que nuestra vida se mueva, donde la idea del sacrificio cobra tanta importancia, para vivirla usando nuestro poder. nuestro poder verdadero, el que cada uno de nosotros tiene, sin excepción.

Hemos imaginado que el poder está fuera de nosotros, en las jerarquías, en los que más tienen, en alguien más. Y al hacerlo, nos hemos movido de nues-

tro propio espacio de poder personal, sosteniendo la creencia de que alguien debe hacer algo por nosotros para que nuestra vida tenga sentido o al menos funcione. Por ejemplo, la asistencia de un Estado proveedor, en cuanto a la conciencia ciudadana, cuando delegamos al Estado el poder de tener o no tener y hasta de lo que vamos a ser. «En este país no se puede» es una de las frases que más escucho al viajar por Latinoamérica. Y, eventualmente, así es. Porque lo creemos, lo confirmamos y entre todos lo actuamos. Podríamos cambiar en pocos años la historia de nuestros países si al menos unas cuantas personas de una generación lograran ver con claridad esta idea y ponerse en marcha para asumirlo. Confío en que está ocurriendo y no tardaremos en ver los resultados. De todas maneras, nadie podrá hacer nuestra parte: hay un lugar esperando por nosotros en este nuevo mundo cada día más evidente.

Otra manera muy clara de poner nuestro poder afuera es en las relaciones. Cuando buscamos soluciones, esperamos que comiencen por el otro, ya sean los padres, la pareja o alguien más, pero por el otro. Dediqué todo un año a hablar de relaciones en mis conferencias, porque puedo ver cómo consumimos gran parte de nuestra energía en ellas, y muchas veces para destruir, en lugar de sumar. En las conferencias, recordaba que la única parte de la pareja que me corresponde, y en la que tengo poder de transformar algo, es en mí. En todo tipo de relación, soy la única parte a la que puedo acceder, igualmente que en un grupo de trabajo o en la familia.

Asumir el poder personal implica ocupar nuestro lugar y hacernos responsables por lo que tenemos que hacer. Cuando nos ocupamos de lo que es nuestro, además de dejar de pedírselo a los demás, no invadimos sus espacios tratando de controlarlos. Quien tiene tiempo de meterse en la vida ajena, es porque

no está atendiendo la suya. Tenemos energía suficiente para mantener a una persona. Y esa persona somos nosotros. Una vez nos sentimos completos, tendremos más energía para asistir a otros. Pero comienzo por mí. Una persona que vive consciente de su poder personal es incapaz de ser una víctima de nada ni de nadie. No invierte su potencial energético en alimentar a los demás sin antes haberse alimentado a sí mismo, para luego poder ofrecerse como alguien íntegro y completo. Tampoco recibir será una necesidad, aunque ocurrirá naturalmente porque estará viviendo la expresión más elevada de un ser humano: dar sin miedos. Y al dar, recibir es la consecuencia inmediata.

Una de las maneras de hacernos conscientes de dónde hemos puesto nuestro poder es revisando honestamente lo que nos interesa. **¿Es dinero, una relación, el cuerpo o el trabajo?** También preguntándonos qué tememos perder. Si el poder lo te-

nemos puesto en algo externo lo más probable es que el miedo esté acompañándolo, porque al no ser real, necesitará momentáneamente de las ilusiones que solo el miedo puede idear. Y a eso que creemos que es tan importante le hemos dado el poder que debería estar sobre nuestra persona. El verdadero poder nace del alma. Y todo lo que hacemos consultando al alma, llevará impreso ese poder y la garantía de brillar, porque es la luz misma lo que lo inspira. En cambio, cuando la energía que sale de nosotros lleva miedo, no puede menos que producir algún tipo de caos, ser insuficiente y convertirse en una razón para que el dolor ocurra. Lo más importante es que antes de que eso ocurra, en nuestro cuerpo habrá señales para avisarnos lo que está sucediendo. Es decir, no será necesario vivir la experiencia porque podremos corregir esa energía que aún no hemos actuado para tomar una mejor decisión, si fuera necesaria.

Muchas experiencias de ansiedad están ligadas a la pérdida de poder real. Estamos desconectados del alma y haciendo lo que solo la mente, con sus miedos, nos indica. La sensación de ansiedad que experimentamos en el cuerpo es la experiencia física de esa desconexión. Si buscamos su causa y no nos quedamos en el síntoma, la solución será doble: no tendremos más ansiedad y nos reconectaremos con la parte más sabia de nosotros.

En realidad, toda molestia física es un aviso de estar alejándonos de nuestra esencia o distraídos en nuestra personalidad. La tristeza, por ejemplo, es una de las más evidentes. Por eso nunca es conveniente disimular las emociones o las molestias físicas. Porque el alma puede hablar a través de ellas. Los síntomas son su recurso para que podamos atender su llamado.

Fuimos diseñados para transitar con más facilidad nuestras experiencias humanas. Y ese diseño termina de activarse cuando dos elementos se alinean: el alma y la personalidad. Esa es la función de nuestro corazón, que trabaja como un GPS para indicarnos el camino que en algunos casos no evitará los aprendizajes, pero tampoco nos demorará en ellos. Nos permitirá aprender y seguir andando.

Es en este mundo invisible donde también están los valores más importantes. Un sentido de ética al obrar es natural cuando el corazón está incluido en el accionar. Y los dones espirituales cobran fuerza naturalmente. Ese es el sentido con el que Gandhi pudo convencer a miles con su idea de paz en medio del odio, y la Madre Teresa, ser compasiva ante la desgracia. Y por el que nosotros podremos acceder a lo que necesitemos en cada momento, ya sea visión, paciencia, certeza, claridad, voluntad o comprensión. Nuestra personalidad puede sentir mie-

do. Puede ser indiferente, cínica, violenta o sentirse sola. El alma, en cambio, no negocia con lo que no vale la pena.

La personalidad no es lo opuesto al alma, sino su complemento. Separada de ella pierde poder y, sobre todo, pierde su sentido. Es una herramienta de esta experiencia física al servicio del alma. No es negativa ni positiva, pero podemos usarla para uno u otro propósito según decidamos incluir o no la visión interna.

Entonces, nuestro trabajo espiritual no es ignorar a la personalidad y dedicarle toda la atención al alma. La personalidad es necesaria y hace una importante contribución a nuestra evolución. El verdadero trabajo terrenal es ir alineando nuestra personalidad y el alma, para que cada una cumpla con su propósito. Sanar implica transitar ese proceso. Una persona que sana es alguien que va ordenando las funcio-

nes de una y otra. La personalidad será ejecutiva y el alma, la guía que nos marcará el destino y cómo transitarlo. Una vida consciente se logra cuando ese equilibrio se sostiene en lo cotidiano, en nuestro andar. Una personalidad que está integrada al alma está alerta, pero no teme. Escucha sus miedos, pero los entiende y no se guía por ellos. Reconoce los desafíos que la vida le presenta, pero encuentra una manera de transitarlos y seguir fortaleciéndose.

Una persona que está en contacto con su alma es humilde, serena y comprensiva. Puede ver la belleza de la vida ocurriendo en cada momento, más allá de la apariencia que tenga. Como está conectada con su esencia, puede conectarse con la esencia de lo que le rodea, especialmente de las personas con las que comparte. Tiene la claridad, la que solo la sabiduría puede ofrecer.

Mi inspiración para lo que encontrarás en las siguientes páginas nace del alma. De un deseo profundo de encontrar maneras posibles de vivir una vida espiritual con los pies en la tierra. De incorporar esta sabiduría a nuestro andar cotidiano y permitir que nuestra vida se parezca cada vez más a nosotros.

Ya es tiempo de vivir más fácil, más simple y más abundantes.

SIGUIENDO LAS SEÑALES

.....

Desde el punto de vista religioso y también desde lo místico, sabemos mucho del alma, o tanto como hayamos podido leer y aprender. Pero pocas veces nos hemos planteado la idea de tenerla en cuenta en los actos cotidianos, en nuestras decisiones o al momento de establecer las prioridades de esta vida física, la que cada día comienza al despertarnos.

Históricamente, hemos centrado la atención de la ciencia, de la investigación, de los estudios y de las grandes decisiones que hemos tomado tanto de manera individual como en grupos, a nuestras necesidades desde el punto de vista físico, incluyendo tanto lo material como lo emocional. Nos habíamos centrado en el cuerpo y en la personalidad. En ser cada vez mejores, buenos, pero no necesariamente en vivir en paz. En paz con nosotros y con los demás. En la verdadera práctica del amor, basada en la compasión y el respeto de todas las diferencias que nuestra personalidad siempre encuentra. Quizás porque como solamente hemos considerado real e importante aquello que nuestros cinco sentidos pueden verificar, fuimos dejando de lado la poderosa mirada que la visión del alma podía abrir para nosotros.

Desde la psicología tradicional, se han dado grandes pasos en el estudio del ser humano, de sus pen-

samientos, de su mundo de afectos y las relaciones, pero su marco de referencia sigue siendo el mundo de los cinco sentidos. Quizás porque la ciencia no ha podido llegar a una conclusión más definida sobre el alma es que sigue estando fuera de su estudio cuando trabaja en función del ser humano. Aunque ya se asoman los primeros cambios a esta forma tradicional de estudiarlo. Nuevas ciencias, como las relacionadas al estudio del espacio cuántico, comienzan a dar respuestas verificables a asuntos que antes solo ocupaban espacio en libros de metafísica, chamanismo o espiritualidad.

Quienes hasta ahora habían estudiado los asuntos del alma, lo hicieron de una manera tan mística que no fue tarea sencilla relacionarlo con una experiencia aplicable a nuestro vivir diario. Muchos tenemos la certeza de la existencia del alma, pero reconocer que existe no nos modifica. Solo expande nuestro conocimiento, pero no nos permite recibir los re-

galos que su presencia nos trae. Lograr integrar los mundos visible e invisible que parecen antagónicos pero solo son complementarios, el de la personalidad y el del alma, es el propósito de este libro. Y, sobre todo, hacerlo de una manera práctica para que podamos experimentarlo. Porque nada nos va a dar mayor posibilidad de abrir los ojos, hacia adentro y afuera de nosotros, que vivir y sentir la experiencia. ningún registro es más poderoso que la vivencia.

Ya es momento de dar ese paso, porque el alma es la guía más sabia para mostrarnos el camino. Está libre de especulaciones, juicios y miedos. Especialmente de miedos, los que cuando se instalan nos muestran una realidad distorsionada, impulsándonos a tomar decisiones apresuradas, inciertas y que no nos llevan a donde realmente queremos llegar. Hacen más largo el camino.

Todos tenemos acceso a la información que nos permite saber hacia dónde ir, qué metas o destino elegir, potenciando las posibilidades de concretarlo. Y también de cómo podemos transitarlo de manera armoniosa. Ese mecanismo interno está instalado en nosotros desde nuestro primer aliento y hacernos conscientes de él nos permitirá facilitar tanto nuestro día a día como la realización de nuestros sueños.

De hecho, los sueños son nuestros puntos de partida.

MIS PRIMEROS PASOS

.....

De mi niñez, en un pequeño pueblo de Córdoba, en Argentina, recuerdo algunos momentos con claridad. Entre ellos, las largas conversaciones con mis vecinas que me esperaban a la salida de la escuela para hacer de la hora de la merienda una excusa para conversar. Las escuchaba, me escuchaban,

y pasaban las horas sin que nos diéramos cuenta. Cuando hacemos lo que el alma nos guía a hacer, el tiempo es una de las variables que se altera y perdemos la noción real de él. La soledad y lo que les afligía a mis vecinas solía ser el eje de la conversación. Yo apenas tenía 7 años, ellas más de 60. Yo me sentía pleno y ellas acompañadas.

También tengo presente la lectura de unas revistas que mi abuela guardaba bajo su colchón para que nadie pudiera leerlas antes que ella y asegurarse de que en sus desvelos tendría algo para entretenerse. Me causaban mucha curiosidad, no solo porque ella las escondía y allí ya había un punto de misterio que sumaba interés, sino también porque en sus páginas confirmé, por primera vez, que el mundo era más grande de lo que veía a mi alrededor. La revista, aun en el mercado y una de las más antiguas del mundo, se llama Selecciones y es editada por Reader 's Digest. Y si bien la edición era en español,

los autores, al ser norteamericanos, tenían nombres en inglés. En aquel momento, yo no sabía de la existencia de otro idioma como tal, porque apenas aprendía a leer el español de corrido, pero al no poder comprender lo que leía pude sentir lo que había intuido, que hay un mundo donde existe gente diferente. Y quise ser uno de ellos.

En las fotografías y las historias de Selecciones, había repetidas narraciones sobre Nueva York. no había visto lugar más precioso que esas calles... ¡y efectivamente existían! Lejos, en algún lugar, pero pude verificar que el mundo era tan grande como lo imaginaba. Fantaseaba caminarlas, aun sin tener muy claro dónde era ese lugar. Hace más de treinta y cinco años de esas historias y en aquel entonces no había televisión satelital ni Internet; lo más cercano a ver el mundo era en las páginas centrales de un libro escolar donde había un atlas, como llamábamos al mapa que mostraba los cinco continentes.

Pero sentía que el mundo era mucho más que lo que podía corroborar.

Y le sumo otro hecho significativo. a los 12 años, me regalan un cassette, el antiguo formato en el que se compraba música, de una cantante norteamericana que apenas iba vestida en la fotografía y que al escucharla, pude confirmar no solo que había gente diferente, como me sentía yo en ese momento, sino que estaba permitido, y eventualmente podía ser exitoso por serlo. La cantante de la foto era Madonna y ese, su primer disco internacional. Curiosamente, llega a mis manos como un regalo porque mi familia había entendido que «eso que era raro, era para mí».

Cuando me acercaba a mis 30 años, comencé a ordenar mi vida priorizando lo que se sentía propio, y lo que no. Considero este uno de mis primeros momentos de madurez, cuando podemos diferenciar

lo que somos de lo que nos conviene o nos gustaría, pero no refleja nuestra esencia. Y, a partir de esos días, comenzó a revelarse un proceso que fue ciertamente mágico, porque no todos los cómo tienen respuestas, y también natural, porque fue ocurriendo con cierta espontaneidad.

Todo comenzó cuando ya había emigrado de Argentina y vivía en Miami. Al cumplir 28 años me había hecho la pregunta más importante que nos podemos hacer los seres humanos: «¿Soy feliz?». No era infeliz, pero tampoco pude responder que sí.

No hacía mucho tiempo que había comenzado a asistir a grupos que compartían sobre temas de espiritualidad. Resonaba conmigo porque mi curiosidad me había llevado a sentarme en iglesias, conferencias y eventos en los que pudiera entenderme mejor y entender al mundo. Una pregunta que me daba vueltas sin encontrar respuesta es: «¿por qué

funcionamos como funcionamos?». Y estos grupos me habían dado la posibilidad de escuchar y ser escuchado.

Cuando pensaba en los momentos de la semana en que realmente podía experimentar felicidad, sin dudas llegaban esos que compartía con el grupo. Tal como ocurrió muchos años atrás con mis vecinas, solo que ahora eran contemporáneos, la mayoría inmigrantes, y nos convocaban temas y lecturas como Un Curso de Milagros, un libro cuyas enseñanzas espirituales me cautivaron desde la primera lectura.

En estos encuentros, mi curiosidad siempre me llevaba a preguntar sin temor. Siempre hay alguien que hace «esa» pregunta por nosotros. Y ese era yo. Fue así que quienes asistían me pidieron abrir un nuevo grupo y ser el moderador. Esto derivó en un taller de fin de semana, al que llamé Spiritual Boot

Camp. Para ese fin de semana escribí un material que terminó siendo un libro y que no demoró en ser publicado a raíz de que llegó a la televisión antes de pasar por una editorial.

Resulta que para las personas que llegaban al grupo había escrito un pequeño manual al que titulé «Vivir en La Zona», intentando poner en palabras de gente más joven el concepto de «Espíritu Santo». Para muchos de los asistentes, la palabra distorsionaba el verdadero significado de esa presencia divina en nosotros. Las palabras y sus significados suelen opacar el verdadero sentido que representan, así es que en «La Zona» encontré una manera más cercana de referirnos a esta conexión interna con Dios.

En esos días, una periodista me entrevistó buscando contenido para un reportaje sobre cómo los más jóvenes buscaban a Dios en estos tiempos. Y la conversación se convirtió en una larga charla que final-

mente se publicó como tal y en donde se mencionaba mi nuevo libro. Un libro que tenía en mente, que había comentado con la periodista, pero que aún no había visto la luz. En la entrevista se lo daba por hecho, y tan es así que al día siguiente me llaman de la cadena Telemundo para presentarlo en su programa matutino. Solo les expliqué que había una demora, pero que en un mes estaría con el libro en sus estudios. Tenía pocos días para encontrar una editorial y recurrí a una de Córdoba, la ciudad donde viví y estudié, en Argentina. Me resultaba más fácil conectar este proyecto con quien pudiera entenderme. Aun cuando ya vivía en Estados Unidos, la gente de nuestro lugar de origen puede entendernos mejor, sin tanto que explicar.

Así es que llegaron los primeros libros enviados en cajas por correo, inicié un blog hablando de él y lo coloqué en el sitio de ventas online amazon.com. Finalmente me presento en Telemundo y ese día

hubo dos regalos más. Por un lado, me invitan a participar semanalmente en el show que conducía la periodista María Antonieta Collins, con quien hoy nos une la amistad, y también surge una entrevista para la revista Vanidades, dedicada a lectoras femininas y que se distribuye en buena parte del continente. En dos semanas, la nota titulada «Vivir en La Zona» fue publicada y comenzaron a llegar los pedidos del libro y mis primeras conferencias.

De allí se inicia un camino -que escapaba de la lógica pero cobraba sentido cuando era observado desde el corazón-, que me llevó a viajar sin interrupciones por Latinoamérica y ciudades de Estados Unidos compartiendo mi visión sobre una espiritualidad posible, accesible a nuestras vidas cotidianas.

Más adelante, por una aparición en «El show de Cristina», que conducía la periodista Cristina Saralegui en la cadena Univisión, hubo interés de personas

de Nueva York para que ofreciera una conferencia en esa ciudad. así lo hice, con unas veinte personas en una sala de Manhattan. Entre ellas, Melanie, que habiendo conocido mi trabajo por una amiga, logró transformaciones positivas en su vida y me ofrecía un cómodo espacio en su casa para realizar reuniones mensuales. Y así fue. Cada mes visitaba la ciudad y al caminar de la parada del tren a su casa, revivía el sueño del niño leyendo la revista Selecciones. Esas páginas ya tenían vida y disfrutaba pensando que, en algún momento, viviría allí. Lo que soñamos es una marca de nuestro destino que se nos anticipa en forma de imágenes o historias. Eso que soñamos, eso nos espera si lo sabemos cultivar.

Y el destino siguió desplegándose. María Antonietta Collins, la periodista del programa de televisión, me envió un mensaje para que visitara a una amiga a quien ya le había hablado de mí y vivía en Nueva York. Esa amiga es Genevieve Fernández, edito-

ra de la revista Selecciones. Sí, la misma que estaba bajo el colchón de mi abuela. Su interés era que pudiera formar parte de su equipo como columnista. Y así nace «En La Zona», una columna que por varios años se publicó en todas sus ediciones en español. Tomé esta señal como un guiño de la ciudad para mudarme. Y después de una búsqueda de apartamento «siguiendo mi razón», eligiendo lo que me convenía sobre lo que sentía posible, y sin poder concretarlo, decido regresar a Miami. Pero era un 26 de diciembre y una nevada tormentosa provocó la cancelación del vuelo desde Nueva York y debí quedarme un día más. Ahora tenía 24 horas extra para encontrar nuevo hogar, pero esta vez dejaría que mi corazón me fuera mostrando por dónde. Esta fue otra de las lecciones en las que pude experimentar nuestro GPS en acción. Desde el aeropuerto hice una llamada a un teléfono que había encontrado en un sitio de Internet. Apareció un apartamento listo para ser ocupado, con el precio que era cu-

bierto por los ingresos que la revista me pagaría por mi participación. Era la calle 81, la misma que caminaba cada mes imaginando ser un vecino más. Me mudé la semana siguiente, pero el dato de color llegó unos días después. Me entero que hacía dos meses, Madonna, la misma cantante de aquel disco en mi niñez, había comprado un edificio en la misma cuadra para convertirlo en su nuevo hogar. Es decir, ahora seríamos vecinos.

¿Cómo podría unir la historia del niño que vivía en un pequeño pueblo, que comenzaba a hacer lo que sentía aun desafiando los evidentes imposibles, con la de este adulto caminando lo que en aquel entonces estaba en su mundo invisible?

Esas respuestas son las que quiero compartir en este libro. Porque lo mejor que podemos ofrecerle al mundo, a nuestra familia, a nuestros hijos y a los seres que amamos, es la versión más completa, más honesta y realizada de nosotros mismos.

NUESTRO TALENTO Y ESO QUE NO PODEMOS DEJAR DE HACER



Todos hacemos algo que, sin importar las circunstancias o nuestra edad, nunca hemos abandonado. Lo que nos apasiona es una marca personal que define nuestro propósito en el mundo. A veces, esa búsqueda se hace compleja porque asumimos que lo que vinimos a hacer tiene unas características tan especiales que develarlas requeriría un acto místico, o también porque tratamos de verlas a través de la mirada de las profesiones. Sobre todo en estos tiempos, debemos darnos cuenta de que no todos los talentos encajan en las profesiones conocidas. Y, más aún, que no todas las carreras de educación creadas pueden definirnos. La educación formal nos da elementos para darle aún más brillo a nuestro talento,

pero no lo determina. Nuestros dones vienen como diseño del alma, son parte de nuestro propósito al llegar al mundo y no están determinados por ninguna circunstancia externa a nosotros. Por eso, lograremos definirlo revisando nuestra vida, lo que nos gusta, lo que hacemos bien, lo que los demás han observado positivamente de nosotros y lo encontraremos, especialmente, en lo que nunca dejaríamos de hacer.

Antes de encarnar, el alma dispone su propósito y a partir de él prepara un diseño que le permita desarrollarlo cuando esté en el planeta. La personalidad y el cuerpo serán uno de sus recursos terrenales, además de las emociones y de los pensamientos que administrará a través de ellos. Cada alma tiene un propósito particular. Pienso que, después del día de nuestro nacimiento, los siguientes días más significativos en nuestra existencia son cuando nos preguntamos para qué hemos nacido, cuál es el pro-

pósito de haber elegido vivir estos años en este planeta; y el otro, cuando podemos respondernos con honestidad esa pregunta.

Para unos, será innovar allí donde se encuentren, por lo que puede que sus primeros años se vistan de rebeldía para lograr su propósito; otros llegan a liderar su familia, y sin importar a qué se dediquen, las tareas que involucren al grupo familiar serán motivo de gozo. Otros han elegido comunicar y facilitar conceptos, como es mi caso, que lo descubrí por escuchar mi corazón e identificar aquello que despertaba el gozo interno del alma.

A mis amigos les comento que si por algún motivo tuviera que pasar un tiempo encerrado en una cárcel, por imaginar un lugar donde debiera estar aislado de otras personas y en circunstancias desfavorables, lo primero que haría para sostenerme internamente sería buscar respuestas a preguntas

como estas: ¿cómo nacieron las cárceles?, ¿qué sentido tiene poner barrotes y no otra forma de división?, ¿es esta la manera más acertada de corregir a un ser humano?, ¿cómo puedo aprovechar este tiempo de encierro?, sin descartar que me encantaría escuchar las historias de los demás que estuvieran allí, así como asimilar la mía propia en esas circunstancias. Eso que hacía con mis vecinas, lo que hago con cada persona que hoy llega a mi vida y es la misma razón por la que escribo libros y doy conferencias. Mi necesidad de comunicar va más allá de lo que pueda reprimir o esconder. Es lo que mi alma eligió para esta experiencia de vida y, mientras más alineado esté con ella, más fácil se hace el camino a transitar. Estoy respetando el diseño original.

Lo puedo ver con personas que han logrado su realización plena, tanto emocional, financiera y laboral, cuando dejaron de hacer lo que no se sentía cómodo y apostaron por eso que hacen bien, que los de-

más celebran y, sobre todo, que despierta su gozo interno al realizarlo.

Creo que muchos de los problemas de la humanidad, desde la depresión y la vivencia negativa de la soledad, las carencias materiales y hasta algunas formas de violencia, se originan en esta desconexión con nuestro propósito de vida. Cuando nuestra personalidad no actúa en consonancia con el alma, comenzamos a enfocarnos en tener, agregar, sumar... y a definirnos por lo que tenemos. Por ejemplo, es muy común encontrarse con gente que define el valor de su talento y hasta su valor personal por los números que tenga su salario. Y para poder sostenerme en quien creo ser, no puedo perder nada de lo que haya conseguido y por eso trato de aumentarlo, porque mientras más tenga, más seré. Esto nos lleva a una competencia desmedida donde voy negociando lo que realmente soy, mis valores y hasta mi talento, para servir a lo que la personalidad me

pide. El costo de este mal juego es enorme. Comenzando por la ausencia de paz interior y de gozo, hasta el desgaste físico y emocional que resulta de invertir toda mi capacidad energética en sostener lo que no soy. Porque en mi diseño puedo sostener mi verdad sin mayor esfuerzo, pero alimentar y sostener una mentira nos termina consumiendo.

Una de las cosas del mundo que más nos distrae es nuestro trabajo. A él le dedicamos muchas horas del día y de ellas, las más importantes. No significa que debamos sentarnos y trabajar menos para vivir mejor, sino permitir que el alma nutra ese tiempo. Entre muchos trabajos que he realizado, está el de vender zapatos. Debía pasar turnos de hasta diez horas de pie con la meta de que los zapatos que estaban en el depósito se fueran en la bolsa de compras de algún cliente. Desde este punto de vista, hubiera sido desgastante, pero hoy recuerdo ese tiempo con alegría y puedo identificar que la razón

para estar haciendo lo que hacía, en donde no parecía ser el lugar ideal para ejercer mi profesión -había estudiado comunicación social- fue que no me perdí en las formas y acudí a mis dones. Nada me gustaba más que escuchar y poder reflexionar sobre lo que escuchaba. Mientras lo hacía, mostraba los zapatos, se los probaban y no dudaban en comprarlos. La experiencia era valiosa para ambos, para el cliente y para mí. En mi caso, porque hacía lo que más me gustaba, y para los clientes porque tampoco esos zapatos eran lo que los haría felices, sino compartir un momento con alguien que los escuchara y pudiera atenderlos con paciencia. Por eso, no es necesario dejar todo lo que no se parezca a nuestro propósito de vida, sino preguntarnos cómo podemos comenzar a activar nuestros dones en ese espacio de trabajo que hoy nos recibe. Porque hemos elegido nuestros dones para ofrecerlos, más allá de las formas. Y, en la medida en que lo ofrez-

camos, las formas se irán moldeando a las que más se parecen a nosotros. Hoy no necesito tener un zapato en la mano para justificar mis dones, pero esos zapatos me permitieron ir revelando mi destino.

En la cultura fenicia, era responsabilidad de la sociedad desarrollar la educación a partir del talento que cada niño presentaba. En primer lugar, porque era una forma de honrar su humanidad, y también porque era la manera de garantizar una sociedad equilibrada, tanto en las finanzas como en la salud de la población.

Los sistemas educativos actuales no fomentan la enseñanza con base en los dones, sino en su opuesto, ya que el niño debe poner más énfasis en aprender lo que no le gusta, y se mide su valor a partir de ese rendimiento. Pero los padres pueden comenzar a marcar esa diferencia hasta que las escuelas puedan alinearse a esta nueva forma de educar. Si en

nuestros hogares estamos más atentos a identificar qué es lo que los niños hacen con más alegría, lo que muestran en sus capacidades naturales, lo que hacen aun cuando no los motivamos y eso que sus amigos valoran y disfrutan de él, estaremos acelerando el destino de ese niño. No porque no vaya por sí mismo a descubrir y ejercer su don, sino porque no usará tanto tiempo para ponerse en marcha. Y el tiempo, en definitiva, es uno de los recursos más valiosos que tenemos.

Cuando llega este momento revelador de darnos cuenta de lo valioso que es reconocer y aceptar nuestros dones, solemos juzgarnos negativamente por sentir que hemos dejado pasar demasiado tiempo. Pero es solo nuestro punto de vista, porque cuando abrazamos nuestro destino tal como se presenta, nos damos cuenta de que nada estuvo equivocado, sino que cada uno tiene su propia manera de encontrar su propósito. Y desde nuestra

mente racional, es posible que sea tarde. Pero si bajamos al corazón y notamos el gozo que sentimos en el momento en que lo descubrimos, más allá de la edad que tengamos, tendremos energía suficiente para ponernos en marcha. El gozo es un combustible que no conoce las leyes del tiempo.

Algunos que han podido identificar sus dones aún no confían en ellos, o en sí mismos, para permitir que estos se transformen en el eje de su vida. Otros, ni siquiera lo han averiguado porque el peso de lo externo no les ha permitido mirarse. Cada uno, donde sea que esté, está viviendo un capítulo de su destino. De todas maneras, lo que creemos que somos no cambia quien realmente somos. Aun con demoras, nuestra esencia no está en juego. Y esa certeza debemos tenerla en todo momento, especialmente cuando aparezcan las dudas.

El camino espiritual implica poder bajar el Cielo a la Tierra. Es decir, a través de nuestra presencia y nuestras acciones, ir instalando una manera de vivir más cercana al amor, con todos los matices que este nos ofrece. Desde la humildad a la compasión y la generosidad. Y uno de los actos de amor más potentes es ser fieles a nuestra esencia y esta se hace visible a través de nuestros dones, en nuestros talentos. Por eso, procurar el equilibrio de nuestra alma y nuestra personalidad en lo que le ofreceremos al mundo es determinante en nuestra evolución.

Cuando nos involucramos en algo que nos hace sentir bien, que no estará definido por la compensación recibida, aunque esa compensación siempre está asegurada por la naturaleza misma del talento, cuando no queremos dejar de hacerlo y estamos dispuestos a realizarlo cada día mejor, eso a lo que nos entregamos contra toda crítica, que nos produce cansancio físico pero no emocional y donde el

tiempo se esfuma sin darnos cuenta, no tengamos duda de que eso es lo que vinimos a hacer.

Es importante darle un espacio a encontrar el método de relajación adecuado. Una manera sencilla de relajarnos es encontrar un espacio donde podamos sentarnos o recostarnos, que sea suficientemente cómodo para que el cuerpo no nos distraiga. La postura ideal es la más cómoda en cada momento. a veces, incluso podremos hacerlo de pie. Si vamos en un transporte que nos permite estar de pie, por ejemplo, podremos encontrar en esa posición una manera de relajarnos. observando el cuerpo y reconociendo dónde está la incomodidad, ir cambiando la posición hasta sentirme cómodo en ella y usando la respiración para mover conscientemente eso que me puede estar bloqueando, ya sea físico o emocional. Extiendo la inhalación hasta esa parte del cuerpo y al exhalar reconoceré, poco a poco, una suave sensación de bienestar. Si es posible, puedo

cerrar los ojos. No es necesario, pero si lo hacemos nos permitirá encontrar equilibrio más rápidamente, quitando la tentación a dejarnos llevar por lo que nos rodea y entretiene nuestros pensamientos.

Por eso, revisemos cuán alineados estamos con nuestro propósito de vida en nuestro vivir diario.

LA TAREA

» Revisa momentos de tu historia personal donde has sido muy feliz y observa qué hacías. Busca el elemento común si no fuera evidente. Comienza por lo que sentías y luego identifica lo que hacías.
.....

» Reconoce lo que hoy sabes que haces bien, lo que realizas de manera espontánea y natural. También lo que haces cuando los demás te elogian o aprecian. Busca el elemento que tienen en común y la relación con lo que descubriste de tu historia personal.
.....

» Observa si tu profesión o tu actividad actual tienen relación con eso. Si la tiene, refuerza tu vocación con la certeza de que eso es lo que has venido a ofrecer a los demás, la manera

en que tu alma definió tu forma de servir y por lo que te será más fácil conseguir tu lugar en el mundo. Cuando abrazamos nuestros talentos, los respetamos, los desarrollamos y apostamos por ellos, estamos respetando un diseño incuestionable, que en respuesta alineará los demás recursos del alma para apoyarnos, desde la visión y la voluntad, hasta la abundancia. Pero si no ves reflejados tus talentos en tu profesión, no necesitas cambiarla. Los cambios serán espontáneos si fueran necesarios. Simplemente, cambia la forma en la que lo estás haciendo. Encuentra la manera para que tus dones puedan incorporarse a tu trabajo. Notarás que tanto tu bienestar personal como la valoración de tu entorno se fortalecerán al hacerlo. Y esa será la primera confirmación de que tus dones están activados.

.....

» En tu agenda semanal, incluye un momento para dedicarlo solamente a tus dones. Una buena manera de motivarte es reconocer que al privarte de hacerlo, también privas a los demás de recibir lo que tú, a tu manera, has venido a dar. Por eso, ofrecerlo como servicio te dará una plataforma para activarlo. Busca grupos o personas que puedan necesitar lo que tienes para dar y ofrécelo sin esperar otra recompensa que el facilitarte las circunstancias para ejercitarte. No demorarán en crearse nuevas situaciones que irán favoreciéndote una vez hayas dado este primer paso. Y recuerda: disfruta y confía. Ya estás en manos de tu alma y esta te irá mostrando los siguientes pasos.

.....



Bevione

JULIOBEVIONE.COM